

— Dices desatémole, pero si le desatamos á la vez, nadie tendrá el caballo.

— ¡ Calla ! es verdad.

— Una vez desatado el amo, nada impide que el caballo marche.

— Pues también es verdad.

— Pues no le desatamos ; le desato yo, y tú, mientras dura esta operación, tienes el caballo.

— Ya está, dijo Toussaint cogiéndole por el bocado.

Juan Taureau empezó por ir al sauce, cogió la llave, y abrió la puerta de la cabaña.

Después, como le gustaba ver, encendió luz.

Hechos estos preparativos, desató al prisionero y lo levantó en brazos como hace un chiquillo con su muñeco.

— Ahora, guía á la izquierda, ¡ marche !... dijo Juan á Toussaint llevándose al conde al interior de la cabaña.

Toussaint no se hizo repetir dos veces la orden, y antes que la puerta fuese cerrada había montado á caballo y marchado con la misma rapidez que si hubiera disputado el premio dado por la ciudad de París en las carreras de caballos.

Sólo que al llegar á la verja la encontró cerrada.

Disponíase á escalar la tapia, cuando se oyó el gruñido de un perro, y Brasil colocó sus dos patas en el travesaño de la puerta.

— ¡ Bueno ! dijo Toussaint en aquel auvernés patuá que tanto despreciaba Juan Taureau : cuando Rolando está por aquí, Mr. Salvador no debe andar lejos.

En efecto, casi en el momento brilló una luz.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo una voz secreta, ¿ Toussaint ?

— Sí, Sr. Salvador, yo soy muy contento que vuelvo á traer el caballo.

— ¿ Y el hombre ?

— ¡ Oh ! el hombre está seguro, puesto que ha quedado entre las manos de Juan Taureau. Por lo que pueda suceder vuelvo allá ; conque buenas noches, Sr. Salvador, que si cuatro ojos ven más que dos, también cuatro manos pueden más que dos solas.

Y dejando á Salvador el cuidado del caballo, Toussaint tomó el camino á tal paso, que si antes parecía haber disputado el premio de la carrera á caballo, parecía que ahora quería disputar el de la carrera á pie.

CAPÍTULO V.

EN DONDE MR. DE VALGENEUSE ES QUIEN PELIGRA Y JUAN TAUREAU EL QUE TIENE MIEDO.

Veamos lo que había pasado en la cabaña de Salvador durante la ausencia de Toussaint.

Juan Taureau había hecho entrar, ó mejor dicho, había introducido á Loredán de Valgeneuse en el cuarto, le acostó provisionalmente ligado como una momia sobre una urna de nogal que había en medio, y que con la cama medio empotrada en una especie de alcoba, formaba el mueblaje principal.

Visto así, tieso y sin movimiento, Mr. de Valgeneuse no dejaba de parecerse algo á un cadáver que van á diseccionar en la mesa de un anfiteatro.

— No os impacientéis, señor, dijo Juan Taureau, en cuanto cierre la puerta y encuentre una silla digna de vos, medio os devolveré la libertad.

Diciendo esto, Juan Taureau cerraba la puerta con ce-

rojo, y buscaba, como lo había dicho, un asiento digno de su ilustre prisionero.

Mr. de Valgeneuse no respondió, pero Juan Taureau no hizo caso de su silencio, que por el contrario le pareció muy natural.

Entonces continuando :

— Á fe mía, señor, dijo atrayendo hacia sí con el pie un taburete cojo, que descansaba melancólicamente en un rincón del cuarto, que como esto no se parece al palacio de las Tullerías, preciso es que os contentéis con esto.

Acercó el taburete á la pared, puso una cuña al pie demasiado corto como se pone un tacón á un zapato para alargar una pierna, y volvió hacia el prisionero, que permanecía inmóvil sobre la mesa.

Quitóle por de pronto la mordaza.

— Hé aquí, dijo, lo que va á haceros respirar con un poco más de libertad.

Pero con gran sorpresa suya, el joven no le hizo oír esa ruidosa aspiración que hace todo hombre al recobrar la libertad ó por lo menos el uso de la palabra.

— Y bien, señor, ¿qué tal ?

É hizo esta pregunta con su más dulce acento.

Mr. Loredán no respondió.

— ¿Andamos con bromitas, señor conde ? dijo Juan Taureau empezando á desatar las cuerdas de los brazos.

Pero el prisionero continuó guardando un obstinado silencio.

— Haz, haz el muerto cuanto te dé la gana, dijo Juan Taureau para sí, y quitó de pronto la cuerda que le sujetaba las manos.

Pero las manos cayeron inertes á lo largo del cuerpo.

— Vamos, si queréis ya podéis levantaros, monseñor, dijo.

Mr. de Valgeneuse ni suspiró siquiera.

— ¡ Ah ! ¡ ya ! dijo Juan Taureau, ¿ creéis que os voy á poner en el suelo de pie y luego á haceros andar como una nodriza á un chiquillo ? Gracias, pero he trabajado ya bastante por esta noche.

Pero el conde no dió señal de vida.

Juan Taureau se detuvo y miró de soslayo al prisionero, que parecía inmóvil y mudo.

— ¡ Diablo ! ¡ diablo ! dijo inquieto con aquel absoluto silencio ; ¿ habremos tal vez hecho alguna morisqueta para jugarle una mala partida al amigo Juan Taureau ?

Los ojos del joven estaban cerrados, su rostro pálido, y de su frente caían gruesas gotas de sudor.

— ¡ Bueno ! dijo Juan Taureau, yo soy quien trabaja y él el que suda. ¡ Vaya un raro señor !

Pero observando la palidez mortal que cubría el rostro del joven :

— Á fe mía, murmuró, que tengo miedo no esté haciéndose el muerto de veras...

Y Juan Taureau movió y revolvió á su prisionero en todos sentidos.

Éste se dejó mover y revolver como un cadáver.

— ¡ Ira de Dios ! exclamó Juan Taureau fijando en el conde sus ojos espantados. ¿ Lo habremos ahogado sin querer ? ; Contento se va á poner el Sr. Salvador ! ; Pícaro !... Estos ricos nunca hacen las cosas como los demás hombres ! ; Morirse sin decir una palabra !...

Juan Taureau miró en derredor suyo y vió en un rincón del cuarto un gran cántaro lleno de agua.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo, hé ahí cabalmente lo que buscaba.

Fué adonde estaba el cántaro, lo cogió, y subiendo en un taburete que había cerca de la mesa, estableció por la

inclinación del cántaro una cascada de cuatro á cinco pies de elevación, que tenía por término de su caída la cara de Mr. de Valgeneuse.

Las primeras gotas parecieron no producir ningún efecto sobre el conde, pero no sucedió lo mismo con las segundas.

Al contacto de aquel chorro de agua helada, Mr. de Valgeneuse lanzó un suspiro, suspiro que tranquilizó á Juan Taureau, cuya frente comenzaba también á cubrirse de gruesas gotas de sudor.

— ¡ Pardiez ! exclamó respirando ruidosamente como si le hubieran quitado del pecho un peso de quinientas libras ; podéis alabaros, señor, de que me habéis hecho tener un gran miedo.

Descendió del taburete, colocó el cántaro en su sitio y volvió junto á su prisionero.

— Y bien, le dijo con aire zumbón, pues le había vuelto el buen humor con la certeza de que el conde no estaba muerto ; hemos tomado un pequeño baño, pero no debe importaros eso nada ; os sentará perfectamente.

— ¿ Dónde estoy ? preguntó Loredán, como lo preguntan no sé por qué casi todas las personas que se desmayan al recobrar el sentido.

— Estáis en el cuarto de un amigo á toda prueba, respondió Juan Taureau quitando las últimas cuerdas que ataban los pies del preso, y sois absolutamente dueño si queréis de bajar de vuestro pedestal y de sentaros.

Mr. de Valgeneuse no se hizo repetir dos veces la invitación : deslizóse á lo largo de la mesa y se encontró en pie.

Pero sus pies dormidos no le querían sostener y vaciló.

Juan Taureau le recibió en sus brazos, le condujo al ta-

burete que antes preparara y le sentó en él, apoyándole contra la pared.

— ¿ Estáis bien así ? dijo Juan Taureau poniéndose en cuclillas para poner su cabeza al nivel de la de Mr. de Valgeneuse.

— Y ahora, dijo desdeñosamente el conde, ¿ qué queréis hacer de mí ?

— Mi más íntimo compañero, señor conde, y el de un amigo que está ausente por un cuarto de hora y que no tardará en volver.

Al pronunciar Juan Taureau estas palabras llamaron á la puerta de un modo particular.

Juan Taureau conocía aquella manera de llamar.

En consecuencia abrió y se vió aparecer á Toussaint Louverture, cuyo negro rostro, salpicado de manchas blancas, fenómeno causado por el sudor que goteaba de su frente, hizo en Mr. de Valgeneuse el efecto de la cara pintarrajeada de un indio.

— ¿ Y aquello ? preguntó Juan Taureau.

— Está, contestó Toussaint Louverture.

Luego volviéndose hacia Mr. de Valgeneuse :

— Salud á la compañía, dijo.

Y después preguntó á Juan Taureau :

— ¿ Por qué está tan mojado ?

— ¡ Oh ! no me hables de eso, replicó Juan Taureau encogiendo de hombros ; desde que te marchaste he estado ocupado en rociar á ese señor.

— ¿ Qué quieres decir ? preguntó Toussaint que no tenía ninguna penetración.

— Quiero decir que el señor se puso malo, dijo Juan con desprecio.

— ¡ Malo ! repitió Toussaint en el mismo tono.

— Malo, sí, malo.

— ¿Y por qué causa?

— A consecuencia de ese pañuelo que le habíamos puesto en la boca.

— ¡ Parece increíble ! dijo el carbonero.

Entretanto Mr. de Valgeneuse miraba de frente á los dos hombres, y sin duda la inspección no debió ser muy satisfactoria, pues su boca entreabierta se cerró sin proferir una palabra.

En efecto, la cara de Toussaint y de Juan Taureau era bastante avinagrada, y si Mr. de Valgeneuse hubiera tenido el menor asomo de capricho de intentar fugarse, la vista sola del coloso puesto en pie ante él le hubiera hecho renunciar á tan peligroso designio.

Contentóse pues por el momento con inclinar la cabeza sobre el pecho y meditar.

CAPÍTULO VI.

EL VINO DURO.

En tanto que el conde meditaba, Juan Taureau se dirigió á un armario, le abrió, sacó una botella y dos vasos y lo colocó todo en la mesa.

Después viendo que eran tres, hizo un segundo viaje al armario y trajo el tercer vaso.

Sólo que este tercer vaso no lo puso sobre la mesa hasta que lo hubo lavado y limpiado perfectamente, hecho lo cual lo colocó frente por frente de éste y al alcance de su mano.

Entonces hizo seña á Toussaint Louverture de que se

sentara; sentóse entonces él también, y poniendo el cuello de la botella sobre el vaso del prisionero, le dijo con toda la cortesía de que era capaz:

— Señor conde, puede uno ser carcelero, pero no verdugo; debéis tener sed lo mismo que nosotros: ¿ queréis aceptar un vaso de vino?

— Gracias, respondió lacónicamente Mr. de Valgeneuse.

— ¿ Es cumplido mi amo? continuó Juan Taureau, teniendo el cuello de la botella junto al vaso.

— Gracias, repitió segunda vez y con más sequedad que la primera Mr. de Valgeneuse.

— Como gustéis, señor, dijo Juan Taureau con ese acento peculiar suyo, cuando acababa de experimentar una sensación desagradable.

Y llenando el vaso de Toussaint en vez del de el conde:

— Á tu salud, Toussaint, dijo.

— Á tu salud, Juan, respondió éste.

— Por la muerte de los malos.

— Por la vida de los valientes.

El prisionero se estremeció al oír este enérgico brindis por dos hombres resueltos.

Juan Taureau bebió el contenido de su vaso de un solo trago, y dejándolo ruidosamente sobre la mesa exclamó:

— Á fe mía, que esto hace bien por donde pasa: tenía sed.

— Yo también, dijo Toussaint imitando el movimiento.

— ¿ Otra ronda, Toussaint?

— Vaya otra ronda, Juan.

Y esta vez sin brindis cada cual se bebió de un trago un vaso de vino.

Esta rapidez de absorción sugirió una idea á Mr. de Valgeneuse, y esperó la ocasión de aprovecharla.

Esta ocasión no tardó en presentarse.

Habiase vuelto Juan Taureau hacia él, y creyendo verle un rostro menos áspero, bueno como todos los fuertes, le dijo:

— Me parece que habéis jugado una broma de mal género á vuestro estómago: por segunda y última vez tengo el honor de ofrecer un vaso de vino, señor conde; ¿queréis ó no queréis aceptarlo?

— Tan galantemente me lo ofrecéis, respondió Mr. de Valgeneuse, que ya siento haber rehusado antes.

— Eso no es nada, y aun es tiempo de repararlo. En cuanto haya vino en la botella y botellas en el armario, podéis desquitáros.

— Entonces, dijo el conde, acepto.

— Sea enhorabuena, mi amo, dijo Juan Toureau con aire de buen humor y llenando el vaso del conde hasta los bordes.

Y añadió dirigiéndose á Toussaint:

— Otra botella.

Tocóle el turno al carbonero de ir al armario y traer la botella.

Juan Taureau se la cogió como si temiera su inexperiencia y llenó los dos vasos vacíos.

Después, cogiendo su vaso y haciendo seña á Toussaint que le imitase:

— Á vuestra salud, señor conde, dijo.

— Á vuestra salud, replicó Toussaint.

— Á la vuestra, señores, repitió Loredán que creyó hacer una concesión inmensa dando aquel título á los dos mohicanos.

Echado este brindis, todos tres vaciaron sus vasos: Juan Taureau y Toussaint de un solo trago, Mr. de Valgeneuse lentamente y en tres ó cuatro veces.

— ¡Diablo! dijo Juan Taureau haciendo chascar su lengua, no pretendo daros este por un Borgoña ni por un Burdeos Lafitte, pero ya sabéis el refrán y sobre todo las buenas muchachas: « La mujer más hermosa del mundo no puede dar más que lo que tiene. »

— Perdonadme, dijo Loredán haciendo un esfuerzo visible para sostener la conversación y sobre todo para acabar de beber su vaso: este vino no es malo del todo, es vino de la tierra.

— Cierto que es vino de la tierra, dijo Toussaint, como si existiera algún vino que no fuera de la tierra.

— Toussaint, dijo Juan Taureau, hay vino que se fabrica en París, pero no es ese vino del que el señor conde nos hace el favor de hablar. Vino de la tierra significa vino que ha sido hecho en el país en que se vende.

— Vino duro, si os parece mejor así, amigo, dijo graciosamente Loredán.

— ¡Oh! ¡oh! para ser duro, no es tan duro de tragar que digamos, dijo Juan Taureau.

— Ya lo creo, dijo Toussaint que cogió al vuelo el chiste de su amigo. ¡Y es blanco!...

— Añadiré, continuó el carpintero, que mi mayor deseo sería el de no beberlo peor nunca.

— Hago el mismo voto que tú, dijo Toussaint inclinándose, no ante el conde, sino ante la divinidad á quien dirigia su voto.

— He bebido muy poco de este vino para tener formada una opinión sobre él, dijo Mr. de Valgeneuse.

— ¡Oh! en cuanto á eso, replicó Juan Taureau leván-

tándose, todavía hay unas cincuenta botellas como éste en el armario para lo que gustéis mandar.

— No veo nada malo en este modo de pasar alegremente las horas que nos queden de estar juntos, y si la diversión os parece buena, yo por mi parte estoy decidido.

— ¿Habláis francamente? preguntó Juan Taureau.

— Vais á verlo, dijo resueltamente Mr. de Valgeneuse.

— ¡Bravo! exclamó Toussaint, hé aquí un preso como los que á mi me gustan.

Juan Taureau fué al armario y volvió armado ó adornado con ocho botellas del más bello aspecto.

— Hélas aquí, dijo alineándolas sobre la mesa, pero descuidada, esta no es más que la vanguardia, y quedan todavía cuarenta de tan buena talla y cara como éstas.

Loredán sonrió al ver caer á los dos mohicanos tan candidamente en el lazo que les tendía, el cual ya naturalmente habrá sido adivinado por nuestros lectores.

Era una buena combinación en efecto hacer beber á dos hombres que gustan del vino; nada era más fácil; pero hacerles beber hasta hacerles perder enteramente el uso de la razón, era facilísimo.

Una vez tomada esta determinación, Loredán alargó bravamente su vaso y bebió de tan buen modo como le era posible.

Despacharon de este modo dos botellas, y Mr. de Valgeneuse halló el vino tan bueno, que hizo descorchar otras dos.

— ¡Ah! os portáis perfectamente, camarada, dijo Juan Taureau, que viendo á su prisionero beber como él, comenzaba á familiarizarse y tratar de igual al noble conde.

— Cada uno hace lo que puede, respondió Mr. de Valgeneuse con aparente hombría de bien.

— Sin embargo, no os fiéis, compañero, dijo Juan Taureau, porque este vino es traidor.

— ¿Lo creéis? preguntó el prisionero con aire de duda.

— ¡Oh! respondo de ello, dijo Toussaint levantando la mano como si prestase juramento. Cuando he bebido tres botellas de él, buenas noches, señores, me voy, y no hay que contar conmigo para nada.

— ¡Bah! dijo Valgeneuse con aire de duda; ¡un bebedor como vos!

— Es como tengo el honor de deciroslo, replicó Toussaint, llevo á tres, tres y media; Juan Toureau, que es un coloso, llega á cuatro, y con el último vaso, ¡pataplum! mi hombre se achispa, se pone furioso y se entretiene en romper las costillas del primer prójimo que le viene á mano. ¿No es verdad, Juan?

— Dicen que sí, respondió sencillamente el coloso.

— Y tú lo pruebas.

Esta última noticia, muy instructiva ciertamente para Mr. de Valgeneuse, le hacía entrever salpicado de extraños accidentes un porvenir tan azaroso, que al ver destapar la séptima botella, extendió la mano sobre su vaso, diciendo:

— Gracias, he bebido bastante.

Juan Taureau levantó el cuello de la botella y miró fuertemente á Mr. de Valgeneuse.

CAPÍTULO VII.

EN EL QUE MR. DE VALGENEUSE DECLARA FORMALMENTE QUE NO SABE NI CANTAR NI BAILAR.

La mirada de Juan Taureau tenía esa expresión salvaje que da á ciertas fisonomías un principio de embriaguez.

— ¡ Ah ! dijo, ¿ conque habéis bebido bastante ?

— Si, respondió Loredán, no tengo más sed.

— Vaya, como si no se bebiera más que cuando hay sed, dijo Toussaint. Si no se bebiera más que cuando hay sed, lo más que se bebería siempre serían dos botellas.

— Toussaint, dijo Juan, parece que este caballero no sabe el refrán.

— ¿ Qué refrán ? preguntó Loredán.

— Cuando el vino está hecho, preciso es beberlo, y mucho más cuando la botella está empezada.

— ¿ Y bien ? preguntó Loredán.

— Que es preciso vaciarla.

Loredán alargó su vaso.

Juan Taureau le llenó.

— Á ti ahora, dijo volviendo hacia Toussaint el cuello de la botella, como vuelve un artillero la boca de un cañón hacia el sitio que quiere atacar.

— ¡ Venga ! dijo Toussaint alegremente olvidando que no estaba en sus buenos días, y que á causa de las emociones que había experimentado, este último vino, no sólo iba á llenar la medida, sino á hacerla rebosar.

Y vaciando rápidamente su vaso, entonó no sé qué canción báquica, de la que sus dos oyentes no pudieron entender una palabra, pues estaba en patuá auvernés.

— ¡ Silencio ! dijo Juan Taureau, antes que concluyera la copla.

— ¿ Por qué silencio ? preguntó Toussaint.

— Porque eso podrá ser muy bueno en la capital de la Auvernia, pero en París y sus alrededores es muy mal apreciado.

— Es sin embargo una canción muy bonita, dijo Toussaint.

— Si, pero me gustan más otras. Prefiero, por ejemplo, la que el señor conde va á cantarnos.

— ¿ Como la que yo voy á cantar ? dijo Loredán.

— Sin duda vos debéis saber muy lindas canciones, como dice mi amigo Toussaint.

— Y Juan Taureau hizo oír esa risa de idiota precursora de la embriaguez.

— Os engañáis, señor, dijo Mr. de Valgeneuse friamente, no sé cantar.

— ¿ No sabéis ninguna cancioncilla báquica ? insistió Juan Taureau.

— Lo mismo da que sea para beber que para comer, dijo Toussaint, á pesar de que ahora preferiría comer, pues confieso que comienzo á sentir más hambre que sed.

— ¿ Conque estamos ya, camarada ? preguntó Juan Taureau, aprestándose para llevar el compás con las manos.

— Os juro que no sólo no sé ninguna canción, dijo Mr. de Valgeneuse un poco asustado por el tono con que Juan Taureau le hacía aquella súplica, sino que no sé ni aun cantar.

— *Vos no saber cantar*, dijo Toussaint, á quien su amigo regañaba por hablar en auvernés, y que trataba de sustraerse á estos regaños hablando como los negros ; y yo no creerlos.

— Os protesto que no sé cantar, replicó Loredán y lo siento, puesto que esto pudiera agradaos, pero me es de todo punto imposible.

— Esto es fastidioso y lo siento, dijo Juan Taureau alegremente, porque nos hubiera divertido un momento.

— Entonces lo siento doble, dijo Mr. de Valgeneuse.

— ¡ Ah ! dijo Toussaint.

— ¿ Qué ?

- Una idea
- ¡ Tonto !
- Que tengo una idea, insistió Toussaint.
- Dinos tu idea, vamos.
- Puesto que ese señor no sabe ó no quiere saber cantar, continuó Toussaint sin desanimarse, debe saber bailar, ¿ no es verdad, amigo Juan ?
- Después volviéndose hacia Loredán y con voz avinada :
- Vamos, dijo, bailadnos alguna cosa, señor conde.
- ¡ Cómo que baile alguna cosa ! exclamó Loredán, ¿ estáis locos ?
- ¿ Por qué locos ? preguntó Toussaint.
- Pues qué, ¿ baila uno sin motivo ?
- Vaya, dijo Toussaint, no se baila sin motivo ; se baila por bailar. Cuando yo estaba en la tierra siempre andaba bailando...
- ¿ La auvernesa ? dijo Loredán.
- Sí, la auvernesa ; ¿ sabéis vos acaso ?
- No ; y como no la sé, no la puedo bailar.
- Lo mismo da eso que otra cosa, dijo Toussaint : bailad la gavota si queréis, pero bailad algo. ¿ No es verdad, Juan, que es menester que el señor conde baile alguna cosa ?
- Tendría gran placer en ver bailar al señor conde.
- ¿ Lo oís ?
- Pero...
- Dejad que acabe vuestro amigo, dijo Loredán, no veis que se ha quedado en un *pero*...
- Pero, continuó Juan Taureau, para bailar se necesita música.
- Naturalmente y el Sr. Juan Taureau tiene razón, exclamó Valgeneuse, que pensaba con espanto que si el

coloso era de la misma opinión que su compañero se iba á ver en la precisión de bailar para divertir á los dos mohicanos.

— ¿ Pues tan difícil es tener música ? dijo Toussaint, á quien el vino daba cierta inventiva y alguna audacia.

— Yo no sé si es difícil, dijo Juan Taureau, en atención á que nunca he tratado de saberlo ; sin embargo, creo que para tener música es preciso tener antes un instrumento cualquiera ; ¿ no es esto, señor conde ?

— No hay duda, dijo Loredán encogiéndose de hombros.

— ¡ Bah ! todos tenemos un instrumento en la mano. Y al decir esto, cerró el puño á manera de trompeta ; y acercándose á sus labios comenzó á tocar el *Rey Dagoberto*.

Después, volviéndose hacia Juan Taureau :

— ¿ No es éste un bonito instrumento ?

— Sí, dijo Juan, que se aferraba en que no, á medida que Toussaint se aferraba en que sí ; no por el huevo, sino por el fuero.

— Es verdad, dijo Toussaint, que cedía fácilmente á las objeciones cuando las encontraba justas, pero ya que ni canta ni baila, bebamos.

— En buen hora, bebamos, se apresuró á decir Mr. de Valgeneuse.

Pero se dió demasiada prisa para hablar, pues hizo traición al deseo que tenía, no de beber él, sino de que bebiesen los otros : Juan Taureau le miró, sin comprender todavía, es cierto, el plan de Mr. de Valgeneuse ; pues el buen hombre no suponía que el vino pudiera llegar nunca á ser un veneno ; pero adivinó un peligro, y volviendo á poner en la mesa la botella que había cogido :

— No, dijo, bastante has bebido, Toussaint.
 — Nunca se ha bebido bastante, amigo Juan.
 — Eso hablando en general es verdad, dijo el carpintero, pero hoy es falso.

— Sin embargo, aventuró el prisionero, vos sois quien me ha provocado, y yo no he renunciado á beber todavía.

— Vos, señor conde, replicó Juan Taureau mirándole de soslayo, vos es otra cosa; sois libre de beber hasta que os toquéis el vino con los dedos, si ese es vuestro gusto; ya os he dicho que quedaban aún cuarenta botellas en el armario, alargad vuestro vaso.

Loredán lo acercó y Juan Taureau medio lo llenó.

Después dejó la botella en la mesa.

— ¿Y vos? dijo Mr. de Valgeneuse.

— Yo, dijo Juan Taureau, he bebido bastante; ya os ha dicho Toussaint cuán distinto soy cuando se me sube el vino á la cabeza: tiene razón y no beberé más.

— Un vaso para acompañarme, dijo Mr. de Valgeneuse que no quería dejar conocer que comprendía la causa de la continencia de Juan Taureau.

— ¿Lo queréis? dijo el carpintero mirándole fijamente.

— Lo deseo.

— Sea, dijo el coloso llenando su vaso de vino.

— ¿Y yo? dijo Toussaint.

— ¿Tú? no... contestó brutalmente Juan Taureau.

— ¿Por qué no?

— Porque he decidido el que no bebas más.

Toussaint dejó oír un gruñido sordo, retrocedió dos pasos y no insistió más.

Luego Juan Taureau, alzando su vaso á la altura de su boca:

— Á vuestra salud, dijo.

— ¡ Á la vuestra! respondió Mr. de Valgeneuse.
 El vaso de Juan Taureau no estaba lleno del todo. Pudo á través del círculo vacío observar al prisionero; le vió envolver el vaso con la mano, llevarlo rápidamente á la boca, y dejarlo en la mesa luego después de haber hecho un extraño movimiento.

Al mismo tiempo sintió en sus pies cierto fresco como si los tuviese metidos en agua.

Levantó el pie y acercó á él su mano.

Su zapato estaba chorreando.

Entonces se levantó, tomó la luz, la bajó, miró el suelo y la volvió á colocar en la mesa.

— Preciso es convenir, dijo enseñando el puño á manera de amenaza al preso, que sois un bribón infame.

Toussaint se lanzó, y cogiendo con las dos manos el puño del carpintero:

— ¡ Ah! dijo, ya os había avisado que tenía mal vino. No me habéis querido creer, y ahora... á ver cómo salimos de ésta.

CAPÍTULO VIII.

EN EL QUE JUAN TAUREAU Y TOUSSAINT LOUVERTURE HALLAN OCASIÓN DE HACER SU FORTUNA Y NO LA APROVECHAN.

Mr. de Valgeneuse se había puesto á la defensiva.

Había cogido una botella en cada mano y esperaba que Juan Taureau se pusiera á tiro para estrellárselas en la cabeza.

Juan Taureau se bajó, cogió un taburete por los pies y dió un paso hacia Mr. de Valgeneuse.

— Pero ¿ qué hay ? preguntó Toussaint.

— Mira bajo la mesa, dijo Juan Taureau.

Toussaint cogió á su vez la luz y miró.

— ¡ Ah ! exclamó viendo los ladrillos transparentarse á través del vino : ¡ sangre !

— ¡ Sangre ! dijo Juan Taureau : si fuese sangre no sería nada ; pero no es sangre, sino vino, y las viñas se han helado este año.

— ¡ Cómo ! ¿ ha tirado su vino ? exclamó Toussaint con cólera.

— Sí, ha tirado su vino.

— ¡ Oh ! en ese caso tienes razón, es un miserable. Pégale. *

— Esperaba tu permiso, Toussaint, dijo Juan Taureau enjugándose con la manga el sudor que le caía de la frente.

— Os he dicho que si dais un paso más os rompo la cabeza.

— ¡ Ah ! no os basta tirar el vino, sino que también queréis romper las botellas, dijo Juan Taureau, porque debéis tener entendido que las botellas es lo que vais á romper y no mi cabeza.

— Pega, Juan Taureau, pégale, dijo Toussaint, ¿ por qué diablos no le pegas ?

— Porque soy razonable, dijo Juan Taureau, y porque espero que el señor conde lo será también.

Y luego añadió con voz firme y tranquila :

— ¿ No es verdad, Mr. de Valgeneuse, que vais á dejar en seguida esas dos botellas ahí ?

Mr. de Valgeneuse frunció las cejas : su orgullo combatía con su razón.

— Y bien, preguntó Juan Taureau, ¿ las dejamos ó no las dejamos ?

— Juan, aulló Toussaint, no te conozco.

— ¿ Las dejamos ? vamos, continuó Juan Taureau, una, dos... Cuidado con que cuente la tercera sobre vuestra cabeza.

Loredán bajó el brazo y colocó lentamente las botellas en el reborde de la chimenea.

— Está bien ; ahora vamos á sentarnos en nuestros sitios respectivos.

Loredán reflexionó sin duda que el mejor medio de amansar á una fiera salvaje es no irritarla. En su consecuencia obedeció friamente la segunda orden como había obedecido la primera.

Después sin duda formó una nueva combinación en su pensamiento, pues pareció resuelto á emplear un medio que le diera mejores resultados que la fuerza.

— Ahora, Toussaint, dijo Juan, lleva esas dos botellas al armario y tráeme la llave. Nunca debieran haber salido de allí.

Toussaint ejecutó exactamente la orden que se le había dado.

— Y ahora, veamos, señor conde, si confesáis una cosa, dijo Juan Taureau.

— ¿Cuál ? preguntó Mr. de Valgeneuse.

— Que queriais hacernos beber hasta que estuviéramos borrachos, y aprovechar nuestra embriaguez para huir...

— Nosotros os habéis aprovechado de vuestra fuerza para prenderme, replicó con bastante lógica el conde

— De nuestra fuerza, es cierto, pero no hemos empleado la astucia, ni antes hemos bebido juntos para haceros traición después. Cuando se ha bebido con una persona es sagrada.

- Quiere decir que he hecho mal, dijo Valgeneuse.
- Tirar el buen vino, dijo Toussaint; ¡ el vino que lo da Dios !
- El señor conde ha confesado que ha hecho mal, no hay que hablar más de esto, dijo Juan Taureau.
- Y entonces ¿ de qué hablaremos ? exclamó tristemente el carbonero, porque si no hablo ni bebo, me voy á dormir.
- Duérmete si quieres, yo no me dormiré.
- Yo os voy á dar motivo de conversación, dijo Loredán.
- Sois muy amable, señor conde, dijo murmurando Juan Taureau.
- Me parecéis buena gente, con el genio un poco vivo, pero en el fondo buenos, continuó Loredán.
- ¿ Ahora notáis eso ? preguntó Juan Taureau encogiéndose de hombros.
- Á mi me gusta la gente valiente, dijo el conde.
- No tenéis mal gusto, replicó el carpintero en el mismo tono.
- Toussaint escuchaba evidentemente deseoso de saber adónde quería ir á parar el prisionero.
- Pues bien, continuó éste, si queréis... Y se detuvo.
- Si queremos... repitió Juan Taureau.
- Si queréis, dijo Mr. de Valgeneuse, haré vuestra fortuna.
- ¡ Ah ! dijo Toussaint prestando oído, ¿ nuestra fortuna ? Hablemos un poco de eso.
- Silencio, Toussaint, dijo Juan : soy yo quien tengo la palabra y no tú.
- Y volviéndose á Loredán :
- Explicadnos vuestro pensamiento, le dijo.

- Mi pensamiento es muy sencillo ; y voy derecho al objeto.
- Veamos, dijo Toussaint.
- Te he dicho ya que calles, dijo Juan á su amigo por segunda vez.
- Trabajáis para vivir, ¿ no es verdad ? preguntó el conde.
- Excepto los holgazanes, todo el mundo trabaja para eso, respondió Juan Taureau.
- ¿ Cuánto ganáis en los mejores días ?
- Uno con otro, siempre venimos á salir por unos tres francos, respondió Toussaint.
- ¿ Te callarás, Toussaint ?
- ¿ Por qué me he de callar ? el señor conde me pregunta cuánto gano, y le contesto.
- Tres francos por día, repitió el conde sin observar al parecer la discusión empeñada entre los dos amigos, son noventa francos por mes, y mil francos por año.
- Y bien, ¿ qué ? preguntó Juan Taureau, eso ya lo sabemos.
- Pues bien, yo quiero haceros ganar en una noche lo que ganáis en veinticinco años.
- ¡ Veinticinco mil francos ! exclamó Toussaint ; vamos, eso es broma... ¡ Veinticinco mil francos en una noche !... no es posible.
- Ya lo veis, continuó Mr. de Valgeneuse, hay con qué vivir á gusto y sin trabajar, puesto que saliendo los veinticinco mil francos al cinco por ciento, produce una renta de mil doscientas cincuenta libras al año.
- ¡ Sin trabajar ! repitió Toussaint : ¿ oyes Juan ? ¡ sin trabajar !
- ¿ Y qué he de hacer si no trabajo ? preguntó sencillamente Juan Taureau.

— Haréis lo que os dé la gana ; iréis á cazar, á pescar, y si nada de esto os gusta, compraréis tierras, y las cultivaréis ; haréis en fin lo que hacen los ricos, lo que hago yo mismo.

— ¡ Ah ! sí, dijo amargamente Juan Taureau, robaré niñas de diez y seis años á sus novios y á sus familias. Hé aquí la diversión de los que no trabajan. Hé aquí lo que vos hacéis, señor conde.

— En fin, vos os compondréis como os dé la gana ; os ofrezco cincuenta mil francos para los dos : veinticinco mil para cada una.

— ¡ Veinticinco mil francos ! repitió por segunda vez Toussaint, cuyos ojos brillaban de codicia.

— ¡ Cállate, Toussaint ! dijo severamente el carpintero.

— Veinticinco mil francos cada uno, amigo Juan, dijo con voz cariñosa el carbonero.

— Veinticinco mil puñetazos si no te callas, Toussaint.

— Cincuenta mil francos para los dos y pagadero esta noche.

— ¡ Una fortuna, Juan, una fortuna ! murmuró el carbonero.

— Pero, desdichado, ¿ quieres callarte ? dijo Juan levantando la mano en actitud amenazadora.

— Pregúntale al menos cómo se pueden ganar esos veinticinco mil francos.

— Bueno, replicó Juan Taureau.

Y volviéndose hacia el prisionero.

— ¿ Queréis hacernos el honor, señor conde, de decirnos por qué ó á cambio de qué, ó qué es lo que tenemos de ejecutar para tener derecho á esa suma de veinticinco mil francos ?

— Os ofrezco esa suma en cambio de mi libertad. Ya veis que la cosa es muy sencilla.

— ¿ Qué dices ? ¿ qué dices, Juan ? preguntó el carbonero á su amigo dándole con el codo.

— ¡ Toussaint ! ¡ Toussaint ! murmuró Juan mirando al soslayo á su compañero.

— Ya me callo, vamos, ya me callo. Sin embargo, ¡ veinticinco mil francos !...

El carpintero se volvió hacia el conde :

— ¡ Y por qué creéis que os guardamos preso, señor ? preguntóle Juan Taureau.

— Porque, respondió Valgeneuse, porque alguno os habrá pagado para ello.

— Juan Taureau levantó su ancha mano sobre la cabeza de Loredán, pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo la volvió á dejar caer lentamente.

— ¡ Pagados !... ¡ pagados !... dijo el carpintero : así son todos vuestros semejantes, señor conde : pagan, venden ó compran el honor de los demás. Sí, es uno de los recursos de la gente rica, de la gente que no trabaja, el pagar el mal cuando no puede hacerlo por sí misma.

Escuchad bien esto, señor conde : aunque fuérais diez veces más rico de lo que sois, aunque pudiérais ofrecérme, en vez de los veinticinco mil francos, un millón por devolveros la libertad un minuto antes de la hora señalada, lo rehusaría con tanto desdén como alegría tengo por guardar vuestra persona.

— Ofrezco cien mil francos en vez de cincuenta, dijo brevemente Mr. de Valgeneuse.

— Juan, Juan, ¿ oyes ?... ¡ Cincuenta mil francos cada uno !... exclamó Toussaint.

— Toussaint, dijo el carpintero, te creía honrado. Una palabra más y te devuelvo tu amistad.

— Pero, dijo dulcemente Toussaint, lo que digo tanto es por ti como por mi.

— ¿Cómo por mí?

— Sin duda que es por ti: por ti, por Fifina, por tu hija.

Á estas palabras « es por ti, por Fifina, por tu hija, » los ojos de Juan Taureau brillaron.

Pero casi en el acto, cogiendo á Toussaint por el cuello, como el leñador coge al árbol que quiere derribar, le dijo:

— ¡ Infeliz ! ¿ quieres callarte de una vez ?

— Por tu hija sobre todo, continuó Toussaint, que sabía que sobre esto podía hablar impunemente, por tu hija, á quien el médico ha mandado llevar al campo.

El carpintero se estremeció.

— Tenéis la mujer enferma y á la niña también, replicó Mr. de Valgeneuse, podéis devolver á ambos la salud, ¿ y dudáis ?

— Pues bien, no, dijo el carpintero: ¡ mil truenos !... no dudo.

Toussaint estaba anhelante, Mr. de Valgeneuse apenas respiraba, porque era imposible adivinar si Juan Taureau iba á rehusar ó á aceptar.

Miró uno después de otro, al preso y á su compañero.

— ¿ Aceptáis ? preguntó el conde ?

— ¿ Aceptas ? dijo Toussaint.

Juan Taureau levantó solemnemente la mano.

— Escuchad, dijo; tan cierto como que Dios está en el cielo, que ese Dios castiga á los malos y premia á los buenos, al primero de los dos que vuelva á hablar una

palabra sobre esto, lo ahogo. Ahora, el que se atreva que hable.

Juan Taureau esperó en vano la respuesta; los dos hombres se callaron.

CAPÍTULO IX

EN EL QUE LA AMENAZA NO SURTE MEJOR EFECTO QUE LA SEDUCCIÓN.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el conde de Valgeneuse cambió de táctica por tercera vez.

Primero había tratado de emborrachar á los dos mohicanos, y después de comprarlos.

Las dos tentativas habían fracasado.

Resolvió amedrentarlos.

— Ya que no se permite hablar de dinero, se podrá al menos hablar de otra cosa.

— Hablad, dijo lacónicamente Juan Taureau.

— Conozco al hombre que os ha encargado que me custodiéis.

— Lo celebro, dijo Juan Taureau, y os deseo muchos conocimientos como ése, aun cuando en verdad son bastante raros.

— Al salir de aquí, porque un día ú otro he de salir, ¿ no es verdad ? preguntó Mr. de Valgeneuse.

— Es probable, respondió el carpintero.

— Pues bien, cuando salga de aquí iré á prestar declaración, y una hora después estará preso.